

# Ultramort 212

R.F. JÓDAR

Copyright © 2014 R.F.Jóðar

All rights reserved.

ISBN: 1511604999

ISBN-13: 978-1511604994

Para Milena,  
por recordarme cada día que el mayor miedo consiste en  
estar solo.

Para Michal,  
por recordarme el miedo que produce estar rodeado de  
gente a la que ni entiendes ni te comprende.



## ÍNDICE

PRIMERA PARTE: GÉNESIS	1
SEGUNDA PARTE: DEUTERONOMIO	61
TERCERA PARTE: LEVÍTICO	127
CUARTA PARTE: APOCALIPSIS	187



PRIMERA PARTE:

GÉNESIS



Pero incluso el peor momento nunca es más que eso: un  
momento.  
¡Hasta tal punto es limitada la naturaleza humana!

*Tiempo de silencio*, Luis Martín-Santos

Mas del árbol de ciencia del bien y del mal no comerás de  
él;  
porque el día que de él comieres, morirás.

Génesis 2:17



Ultramort, año 2012

1

Se había equivocado muchas veces en su vida. Una de ellas fue cuando se compró un coche coreano de segunda mano y otra cuando, al empezar a salir humo de debajo del capó del Kia, tomó el desvío hacia Ultramort. “Quizás el chico tenga razón”, supuso. “Además, el siguiente pueblo queda a 40 kilómetros y seguro que no llego.”

Pocos kilómetros atrás se había detenido en una gasolinera para repostar y pedir que le echaran una mano con el ruido proveniente del motor. El chico que le atendió, un joven universitario en su primer trabajo de verano, le dijo que sólo le podía poner gasolina, porque de mecánica no tenía ni idea.

–Si ve que no va a llegar lejos, tome el siguiente desvío. Le llevará a un pueblo donde quizá le puedan ayudar –dijo.

Una carretera estrecha y que se dirigía hacia un grupo de montañas cubiertas de espesos bosques de pino carrasco se tendía ante él. Eran las primeras montañas al sur del Pirineo catalán con las que se encontraba todo conductor

camino de la frontera con Francia. Ultramort quedaba entre ellas, en lo profundo de un valle, y en él terminaba la carretera. Antes de llegar a las montañas se debían atravesar extensos campos de trigo. Marc Kalan pasó por ellos con la respiración contenida rogando que no se detuviera el coche antes de llegar al pueblo. Y continuó rogando una vez en las curvas que formaban la carretera en el fondo del valle. Ya quedaba poco. A lo lejos se veía el campanario de la iglesia del pueblo sobresaliendo como un dedo enfermizo que rascara el cielo. El coche emitió un carraspeo, después una explosión y por último se negó a continuar. Marc se bajó del coche. “Viva la fiabilidad asiática. La próxima vez, si no es japonés, el tío del concesionario se va a meter el coche por donde te dije”. Le parecía que el pueblo estaba ya cerca. Al bajar del coche empezó a echar de menos el aire acondicionado. Resopló pensando en el esfuerzo que tendría que hacer y se encaminó hacia el grupo de casas.

Durante todo el camino le acompañó una extraña sensación de irrealidad que se acentuó al entrar en Ultramort. La iglesia, una construcción del siglo XIX sin ningún valor en particular, era el edificio alrededor del cual se había urbanizado el municipio. Las otras construcciones eran casas blancas de planta baja o de una planta. No había nadie en las calles. Marc pensó que quizás había un partido de fútbol en la tele. Pero era lunes y los lunes no había fútbol. “Será por el calor, entonces. O quizás trabajan todos fuera del pueblo”.

Golpeó con los nudillos la puerta de la primera casa para preguntar si alguien podía hacerse cargo de su coche. Pero nadie contestó. Lo intentó en la casa contigua y el resultado fue el mismo, así como las siguientes cuatro veces. “Un mal día para hacer amigos”. Se encaminó a la iglesia. Siempre hay una plaza delante de las iglesias donde se reúnen los mayores para recordar que un día tuvieron

vida. Cuando llegó a los pies de la iglesia, encontró una plaza, con una fuente para beber, plátanos centenarios, un manzano cargado de fruta aún verde y bancos en los que no había nadie. “Parece que están jugando conmigo. Mira, un tipo de ciudad. Vamos a escondernos y a reirnos un rato”, pensó. “O mejor aún, un pueblo fantasma. Todos han muerto asesinados, o un suicidio colectivo.”

Cuando sus pensamientos hicieron una pausa, escuchó la lejana voz de un hombre. La voz le hizo darse cuenta de por qué tenía esa extraña sensación de irrealidad desde que se había bajado del coche. No se oía nada a parte de las lejanas palabras susurradas como si le hablaran al oído. No había perros en las calles, ni gatos, ni gallinas fuera de los corrales. Pero es que ni tan siquiera había oído el sonido de los grillos en el campo, aunque siempre se escuchaban en las calurosas sobremesas del verano. Marc intentó percibir algún sonido que no fuera la voz que provenía de la iglesia. En Ultramort ni siquiera corría el aire ni el agua en las fuentes. Parecía estar bajo una cúpula de cristal insonora.

Por la entonación de la voz supuso que sería la del cura del pueblo. La iglesia también le produjo desazón sin ninguna causa aparente. Se acercó más y empujó el viejo portón de roble y cerezo.

Todo el pueblo estaba en la iglesia y todos se giraron para mirar a la persona que había interrumpido la homilía del padre Malestany. El cura estaba delante del altar. Vestía una sotana negra, la cual resaltaba su altura. Tenía los pómulos marcados y la barbilla prominente. El pelo echado hacia atrás dejaba bien visibles los ojos grises y la frente despejada. Era severo en todos los detalles.

El silencio y las miradas se prolongaron más de lo natural. Marc estaba acostumbrado a sentir las miradas, a veces de admiración y concentración y otras de desprecio e indiferencia, de los alumnos durante sus clases. Pero en ese

momento se sintió como si fuera un novato y le hubieran puesto en su primer día de clase ante un grupo conflictivo.

–Perdón. Es que se me ha estropeado el coche a las afueras del pueblo y buscaba a alguien que me pudiera ayudar –se atrevió a decir.

Nadie respondió. Ni nadie dejó de mirarle.

Fue el padre Malestany quien habló.

–Joan y Aleix, id con él y ayudadle. Si no podéis hacer nada, traedlo de vuelta –dijo el cura.

Dos hombres de mediana edad, de hombros anchos, piel tostada y cara seria se levantaron de la última fila.

–Gracias –dijo Marc.

Los tres se encaminaron al coche. Marc entre los dos hombres.

–He llamado a unas cuantas casas y nadie me ha contestado. ¿Todo el mundo está en la iglesia?

Aleix le miró sin contestar. Marc pensó que no responder significaba que era evidente que sí. Aun así, él, que no era muy hablador, se sintió en la obligación de dar conversación a las personas que le tenían que ayudar a salir del agujero en el que se había metido.

–La verdad es que hacía años que yo no pisaba una –confesó creyendo que eso rompería el hielo–. Ha tenido que estropeármelo el coche para que lo hiciera. Ha empezado a salir humo del capó y he pensado que todavía podría llegar a alguna ciudad pero qué va, me he tenido que desviar hacia su pueblo porque estaba claro que no iba a llegar lejos. ¿Son ustedes mecánicos? –preguntó.

–No. Bueno, sí, pero de tractores –contestó Aleix sin mirarle.

–¿De tractores? Entonces, ¿cómo van a arreglarlo? –preguntó Marc con inquietud–. Quizás, si me dejaran, podría llamar por teléfono al coche de ayuda en carretera. Así no molestaría tanto y podrían seguir con lo suyo.

–El caso es que no tenemos teléfono, ni fijo ni móvil.  
¿Usted no lleva móvil?

–Ayer llegué de un largo viaje y todavía no me he comprado ninguno. De donde vengo tampoco había móviles; y fijos, bueno, alguno había. –No le gustaba explicar a desconocidos dónde había estado. Consideraba que eso era hacer gala de persona viajada. Y a él, las personas que presumían de sus viajes le revolvían el estómago porque presumir significa que no viajas para conocer sino para sentirte orgulloso de ti y de tu país. Ya se sabe, el resto del mundo está lleno de pobres, de desgraciados, de gente sin cultura, de tradiciones estúpidas, de comidas horribles que sólo podrían comer los animales. Y esa forma de ver el mundo, como antropólogo, no podía sufrirla.

Llegaron al Kia. Marc abrió el capó y los tres hombres miraron el motor. Interés era lo único que Marc podía poner porque no sabía nada de mecánica. Joan revisó las conexiones de la batería, miró el nivel de aceite, el carburador.

–Ya lo tengo –dijo Joan.

–¿Sí?

–Sí, sí, acérquese y mire aquí.

Marc creyó que el no dejarle de lado como a un ignorante era un detalle de fina educación difícil de encontrar en los mecánicos de la ciudad.

–¿Aquí? –dijo señalando la batería.

–Sí. Acérquese más.

Y Marc se acercó.

Cuando le golpearon le vino a la cabeza una visión de la iglesia de Ultramort. En ella no había cruces, ni dentro ni fuera. Por eso le había inquietado. Cayó al suelo inconsciente.

La habitación en la que se encontraba no era su dormitorio. En su piso era casi imposible saber de qué color eran las paredes. Los libros acumulados en estanterías, fotografías, dibujos y pinturas propias y de amigos, los recuerdos de innumerables viajes –esculturas, vasijas, armas blancas, huesos de animales, collares de diferentes tipos de abalorios, flores secas enmarcadas, máscaras–, cogían polvo por todos los rincones.

En cambio, al recuperar la conciencia se encontró con la austeridad de paredes blancas y los muebles mínimos indispensables: una cómoda, una peinadora, un armario y una silla con el respaldo y el asiento de mimbre, aparte de la cama de colchón de lana en la que a duras penas lograba mantenerse a flote. Pensaría que era la celda de un monasterio si no fuera por los detalles como el bordado de las sábanas y los manteles sobre la cómoda y la peinadora.

No sabía dónde estaba. Lo último que le venía a la mente, como el recuerdo del final de un libro leído hace ya mucho tiempo, era que se le había estropeado el coche. Después, una laguna en el recuerdo. Se echó hacia un lado y puso los pies en el suelo. Una fuerte punzada de dolor le hizo agarrarse la cabeza. Cuando el dolor cedió, se levantó y miró por la ventana. Estaba en una primera planta desde la que veía una típica calle de pueblo del interior de Cataluña, el suelo empedrado, cortinas de metal en los umbrales de las puertas de entrada a las casas, las ventanas cerradas por el calor.

“Esto parece como una de esas borracheras en las que te despiertas y descubres que los amigos te han dejado en pelotas en un parque. Pero a mí me han dejado en

calzoncillos en Villalpando de Arriba”.

Abrió la puerta de la habitación. Una escalera estrecha de baldosas de arcilla era la única posible salida. Antes de bajar buscó su ropa en el armario. No estaba. Sólo había pantalones grises y camisas blancas de otra persona. “Pues sí, en calzoncillos me han dejado”. Asomó la cabeza por el umbral de la puerta.

–¡Hola! –llamó.

Nadie respondió, así que, descalzo, empezó a descender los fríos escalones. En ese momento escuchó que alguien entraba desde la calle. Se quedó quieto, indeciso entre subir o esperar, indeciso entre qué sentimiento era el más fuerte: la vergüenza de la desnudez o la curiosidad de lo desconocido. Antes de decidirse por algo una mujer de mediana edad apareció al final de las escaleras.

–Veo que ya se ha despertado.

Le habría contestado que sonámbulo no era pero su situación –cada pie en diferente escalón, con las manos apoyadas en las paredes de la estrecha escalera y en calzoncillos ante una desconocida– le dejaba en inferioridad como para contestar algo ingenioso.

–Póngase la ropa que encontrará en el armario –le ordenó–, y después baje a comer.

Marc bajó vestido con una de las camisas blancas y uno de los pantalones grises. Eran de su talla por lo que no necesitó cinturón.

En la planta baja de la casa, a la izquierda de las escaleras, se abría una habitación que funcionaba como comedor. Había una mesa con un plato sopero dispuesto sobre ella.

–Siéntese a la mesa. Ahora voy –le gritó la mujer desde la cocina, a la derecha de las escaleras.

Entró con una cazuela en la que le había calentado sopa. Se la vertió en el plato. De cerca, Marc se fijó en que

la piel de la mujer era oscura y agrietada, no llevaba maquillaje y era evidente que hacía mucho tiempo que no había llevado. Pero sus grandes ojos marrones que parecían querer decir tanto y su pelo negro ondulado y brillante mostraban que era una mujer que podría dar una mucho mejor primera impresión si no fuera por el descuido y las consecuencias de la vida de campo.

–Me llamo Marc Kalan.

–Oh, perdone que no me haya presentado. Me llamo Carme.

–¿Dónde estoy?

–En mi casa. El padre Malestany me pidió que le alojara.

–¿El padre Malestany?

–Sí. ¿No le recuerda?

–La verdad es que sólo recuerdo que se me estropeó el coche –admitió.

–Pues después entró en la iglesia y pidió ayuda. El padre Malestany pidió a Aleix y Joan que le acompañaran y al poco le trajeron inconsciente. Dijeron que le había dado un golpe de calor. Pero coma, se le enfriará la sopa.

–Sí, claro –metió la cuchara en la sopa y removió el líquido humeante.

–Si se la termina y el estómago le admite más, le traigo el segundo plato.

“La sopa. Deben de ser las dos, si nada más levantarme me da sopa”, pensó Marc. Se echó mano a la muñeca para mirarse la hora y no encontró ningún reloj.

–¿Dónde está mi reloj? –preguntó a la mujer.

–No lo sé. Yo no he visto que llevara ninguno.

–Quizás no llevaría.

De todas formas se extrañó de haber hecho un movimiento inconsciente como es el echarse mano a la muñeca si no hubiera llevado reloj antes.

Marc se terminó la sopa y después de traerle el segundo plato Carme fue a avisar al padre Malestany de la recuperación del visitante.

3

Carme y el padre Malestany encontraron a Marc mojando trozos de pan en la salsa del pescado. La sombra de la figura imponente del cura cubrió a Marc, quien se sintió empequeñecido por sentirse sorprendido comiendo con la desesperación de un hambriento que ha perdido los modales.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el cura con voz serena pero firme.

—De vez en cuando siento como si alguien me martilleara la cabeza por detrás, pero eso es todo —contestó.— Ah, y claro, la pérdida de memoria —añadió—. No recuerdo qué pasó desde que me bajé del coche.

—Los golpes de calor son muy traicioneros. No se preocupe por su memoria, ya la irá recuperando.

—¿Podría decirme dónde estoy?

—Claro. Está en Ultramort.

—¿Ultramort? —la cara de Marc se cubrió con una sombra de intriga. Ese nombre no le provocaba ningún tipo de tranquilidad, si era eso lo que el cura había intentado. Podría haber contestado que en un lugar seguro, o cerca de Gerona o de alguna ciudad grande a la que fuera fácil trasladarle. Pero no, el cura dijo en Ultramort.

—Espero que el nombre no le asuste.

—Hombre, inquietante sí es. ¿De dónde ha salido ese nombre? —preguntó Marc.

—La misma pregunta me hice yo cuando me destinaron

aquí. Así que busqué un poco. El primer documento en el que aparece el nombre del pueblo data del 951 y en él se le llama Ultramorte. Es un extraño documento de compra-venta conservado en el Archivo del Museo de Historia de Gerona.

—¿Por qué dice que es extraño? —preguntó Marc.

—Porque no confirma la compra de un bien material sino inmaterial.

—Sí que es extraño. ¿Y qué se vende en él?

—Si quiere, puede verlo usted mismo. En el archivo de la sacristía hay una copia de ese y de otros documentos interesantes. Cuando se encuentre con fuerzas, vaya a verme y se los mostraré.

En uno de esos documentos del año 1162 el nombre del lugar aparecía escrito como Vulturis Mortuii y en otro del 1163 como Vulture Mortuo, es decir, buitres muertos o buitre muerto. Ambos documentos se referían a la cesión de tierras pertenecientes al obispo de Gerona a un grupo de religiosos.

—¿Cuándo le destinaron aquí?

—Hace dos años. Llegué justamente un día de agosto, como usted.

Ese mes de agosto fue un mes de tormentas cargadas de electricidad. El cura del pueblo hasta entonces había sido el padre Llobera, un anciano entrañable más pendiente de ver llegar la muerte que de preparar las misas. De hecho, éstas se parecían más a reuniones de familiares que a otra cosa. El padre Llobera, de esta forma, intentaba reconciliar al pueblo, dividido desde hacía años en dos bandos agrupados en torno a dos familias: los Tutusaus, dueños de los campos de trigo, de la panadería y de algunas hectáreas de olivos; y los Boixaderes, dueños de la mayoría de olivos, vides, del único colmado del pueblo y del taller de tractores, motos, bicicletas y coches. Pero sus buenas intenciones

fueron insuficientes para extirpar el odio que mamaba cada miembro de ambas familias desde el nacimiento.

Un domingo por la mañana de ese mes de agosto estaban todos reunidos en misa, como era costumbre. La costumbre era lo único que les llevaba allí. El padre Llobera hablaba del odio entre hermanos. El cielo se cubrió de un mármol azulado que avisaba de que iba siendo hora de recogerse en casa. Empezó a llover y de la lluvia se pasó a la tormenta. El viento ululaba por entre las grietas de la vieja iglesia.

–Y, como veis, el enfado del Señor es lo único que conseguiréis con vuestra actitud –dijo el cura.

El cielo se cerró por completo y la carga eléctrica en forma de rayos cayó sobre el pueblo. Los habitantes, reclusos en la iglesia, escucharon caer un rayo tras otro. Se miraban los unos a los otros sin saber qué hacer. Salir era peligroso, pero estaban inquietos por si un rayo provocaba un incendio en sus posesiones. Un rayo cayó sobre la cruz de piedra de la parte superior frontal de la iglesia. La piedra hizo un ruido sordo al caer al suelo de tierra desde la altura, como un saco de arena o un cadáver. Las mujeres cogieron a los niños entre sus brazos.

El ventanal donde estaba representada una imagen del Sagrado Corazón de Jesús saltó hecho añicos por la impetuosa fuerza del viento. La gente se sobresaltó y los niños se arrebujaron con fuerza bajo la ropa de sus madres. Las ráfagas de agua entraban por entre los restos de la cristalera rota.

–El Señor está muy enfadado con vosotros –remarcó el padre Llobera, escondiendo el miedo que también sentía. El viento y el agua le azotaban la cara. Se sintió como un Moisés intentando dirigir a su pueblo. Quizás mejor sería decir como un Charlton Heston.

Un rayo penetró por el ventanal buscando al cura, a

quien encontró con los brazos alzados. El cuerpo cayó al suelo y de debajo de la sotana empezó a fluir humo melosamente y un nauseabundo olor a calcinado. Nadie gritó ni se movió. Tras el susto inicial todos se sintieron desahogados. Dios no estaba enfadado con ellos sino con las displicencias del padre Llobera. “Dios juzga y venga a los buenos. Así que, si la venganza es un arma de Dios, entonces no es mala. Por eso el Señor mató al padre Llobera, para que no os permitiera renunciar a una de sus armas”, les explicó el padre Malestany tiempo después.

El cuerpo ennegrecido del padre Llobera seguía en el suelo y los habitantes de Ultramort sentados en el momento en el que se abrieron los portones de la iglesia. Esta vez no fue el viento sino el padre Malestany. Le enviaban a sustituir al anciano padre Llobera. El padre Malestany, calado hasta los huesos, se dirigió con paso firme hasta el altar. Miró el cuerpo humeante de su antecesor en el pueblo.

–Yo me hago cargo del cuerpo. Ahora váyanse a sus casas –les ordenó a los feligreses con la autoridad que imponía la sotana–. Mañana a las cinco de la tarde hay misa. Soy el nuevo párroco. No lo olviden.

Todos se sintieron testigos de algo pero no sabían de qué. El cura murió abrasado y justo después entra por la puerta su sustituto, quien parecía saber que se iba a encontrar a su predecesor hecho un churrasco. Pero nada de eso era problema del pueblo. En cambio, ir un lunes a misa no era normal. Pero todos fueron, un poco por los remordimientos que aparecieron por la noche por lo que había pasado con el padre Llobera y un mucho por dar buena imagen ante el nuevo cura. Aunque lo cierto es que el padre Malestany no le dedicó ni una grata palabra de recuerdo al cura fallecido.

–Sí, hace dos años –repitió el padre Malestany a Marc.

–Llegó justo cuando le necesitábamos –dijo Carme.

Ese primer lunes a las cinco la iglesia estaba atestada por todos los habitantes del pueblo, sentados en los bancos tal y como siempre se habían sentado. Los Tutusaus a la izquierda del altar y los Boixaderes a la derecha. Los miembros de otras familias al fondo.

El padre Malestany salió de la sacristía y cerró la puerta de un fuerte golpe. Se hizo el silencio. Se dirigió hacia el altar. Durante unos segundos que se alargaron incómodamente, miró a los ojos de los presentes, de uno en uno, y tras todos esos ojos sabía lo que se escondía.

–El padre Llobera os ha estado tratando como a niños. O peor aún, como a enfermos mentales.

Las primeras palabras del padre Malestany les sorprendieron, pero las compartían.

–A partir de ahora no habrá sermones condescendientes. La búsqueda del camino correcto no es dar una palmadita en la espalda y decir que hay que ser bueno. La búsqueda del camino correcto es saber explotar lo mejor de cada uno, ya que fuimos creados a imagen y semejanza del Señor. Y lo mejor de cada uno se refiere a todo. La rabia que a veces sentís, encauzada de manera adecuada, puede lograr fines superiores.

Todos asintieron.

–Así que, lo primero será saber qué de bueno hay en vosotros. Por eso las confesiones serán obligatorias desde mañana.

4

–¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? –preguntó Marc a Carme–. Es que me siento más delgado.

–Una semana.

–¿Una semana? ¿Por un golpe de calor?

–Pues sí. Todos los días, a la misma hora, venía el padre Malestany a verle y justo el día que no vino se despertó.

–Qué casualidad.

Marc miró la alianza que Carme llevaba en su mano izquierda.

–¿Y su marido, dónde está?

A Carme le hubiera gustado decirle que su marido había muerto porque se opuso a los cambios que el padre Malestany quería introducir en el pueblo, que formaban una comunidad cerrada de la que nadie podía salir, y que ella estaba a prueba en esa comunidad y, si les defraudaba como su marido, seguiría su mismo camino. Y que por eso le habían puesto a Marc a su cargo, para probarla.

–Soy viuda –fue todo lo que dijo.

–Lo siento.

Se hizo un silencio molesto en la habitación que Marc intentó romper de inmediato.

–¿Sabe qué ha sido de mi coche? La verdad es que creo que ya me siento bien y que no necesito más atenciones. Debería irme. No es que me espere nadie, quiero decir, ningún familiar, pero en el trabajo sí que me esperarán.

Carme sabía que Marc no saldría del pueblo. Había pasado a formar parte de la comunidad, a la cual debería servir de alguna forma. El padre Malestany tendría algún plan para él.

–¿A qué se dedica? –preguntó Carme.

A Marc tampoco le gustaba decir a qué se dedicaba. Le parecía pretencioso, y más en un pueblo, rodeado de conductores de tractores y ordeñadores de vacas.

–Soy profesor de antropología en la Universidad de Perpiñán.

–Profesor. No creo que en este pueblo nadie haya ido nunca a la universidad. Claro que no quiero decir que no

haya habido gente inteligente, pero todos se han dedicado al campo y a los animales. Ya me entiende usted. La universidad siempre ha quedado muy lejos, como otro mundo.

"Pues Barcelona no queda tan lejos, pensó Marc. Será el poder de las vacas el que no deja escapar a la gente."

–Bueno, no es tan importante. Hay muchos tipos de inteligencia y no todos se desarrollan en la universidad. De hecho, lo único que allí hacemos es meternos un montón de información inútil en la cabeza que no nos sirve para nada en la vida real. Mira mi caso, ¿para qué me sirve ser antropólogo?, y más en un campo tan específico como el mío.

–¿Qué campo? –se interesó Carme.

–Los espacios interpersonales y persona–espacio en las diferentes culturas. ¿Qué te parece? ¿Suenan como si sirviera para algo?

–No lo sé.

–Pues si sirve para algo, todavía nadie me ha hecho caso. Así que nadie lo sabe.

Hizo una pausa. Su trabajo le había servido básicamente para vivir a costa de algo que podría enmarcarse en el campo de lo anecdótico: viajar por diferentes países, ir a congresos, conocer a personas mucho más valiosas que él y a otras mucho más parásitas, y aparentar ser alguien que no se era, es decir, una eminencia para los estudiantes y la gente como Carme.

–¿Y el coche? –preguntó de nuevo Marc.

–Ah, sí. Tiene que hablar con Aleix. Es el dueño del taller.

Carme le explicó que para hablar con Aleix debía siempre presentarse porque sufría una extraña enfermedad que le impedía reconocer los rostros. La única persona a la que podía identificar era al padre Malestany y no por su

rostro sino por la sotana negra.

Por ese defecto Aleix siempre había sido objeto de burla por parte de los niños y de muchos adultos de Ultramort y de los pueblos colindantes. De pequeño, en el colegio, sus compañeros le pegaban abiertamente sabiendo que no les podía reconocer. Se convirtió en un saco de boxeo con el que todos se divertían. De mayor la cosa no cambió mucho. La primera semana que abrió el taller mecánico le robaron un tractor.

–Buenos días, Aleix. Soy el dueño de este tractor. ¿Está ya arreglado? –le dijo un hombre que se presentó en el taller.

–Sí, ya lo tiene.

Le pagó la reparación y se fue con el tractor. Al día siguiente se presentó el verdadero dueño. El seguro cubrió el precio del tractor, pero estuvo a punto de perder la licencia de apertura del taller. El alcalde de entonces le dijo que tenía que hacer algo al respecto. Desde entonces empezó a usar un truco. Daba al cliente la mitad de un resguardo que encajaba con la mitad que él se quedaba y donde estaba apuntada la matrícula del vehículo. Sin esa mitad del resguardo, no entregaba nada.

Pero desde la llegada del padre Malestany esa situación de indefensión de Aleix había cambiado.

–Aleix, al Señor no le gustan los débiles de espíritu. Debes hacerte valer y mostrar al Señor que puede confiar en ti –le dijo durante una confesión.

El cura le nombró miembro de una imaginaria guardia pretoriana personal que mantenía el orden en la comunidad. En realidad lo trataba como un chico de los recados, pero de recados que requerían del uso de la fuerza. Aleix no reconocía a nadie. Así que podía llegar a matar a su propia madre sin saberlo si el cura se lo ordenaba. Lo único que éste debía hacer era señalar literalmente a la

persona a la que debía hacerle llegar el recado. Y tanto odio acumulado a base de palizas le había convertido en una persona sin ningún tipo de empatía hacia los demás.

El taller de Aleix se encontraba tres calles más allá de la plaza de la iglesia. Al andar por el pueblo Marc recordó algunos detalles que habían quedado en una elipsis temporal. Los recordó porque los revivió. En las calles no había ruidos, como si el tiempo se hubiera detenido. En la plaza de la iglesia había un manzano cargado de fruta todavía verde. Pero lo que más le inquietaba era la imagen de la iglesia sin ninguna cruz que anunciara su confesión. Recordó entonces que en el interior tampoco le había parecido ver ninguna cruz sino una decoración muy particular en ese contexto. Pasó por delante de la iglesia y llegó al taller.

–Buenos días. Soy Marc Kalan, el nuevo –se presentó tal como le había dicho Carme que hiciera –. Querría saber si ha podido reparar mi Kia.

–¿El Kia? No, no lo he podido arreglar. No tengo piezas de recambio. Como ve, esto no es ningún taller de coches y menos japoneses.

–Coreano –le corrigió Marc.

–Qué me importa de dónde sea. Pediré la pieza y cuando llegue, se la instalaré. ¿De acuerdo? –le dijo Aleix, no con la intención de hacerlo sino de quitarse de encima al recién llegado.

–De acuerdo, hombre, de acuerdo.

## 5

A pesar del poco tiempo transcurrido desde su llegada al pueblo, Marc empezaba a sentirse atrapado en una telaraña. No le había atendido ningún médico los días que estuvo

inconsciente por un golpe de calor a pesar de que eso no era normal. No podía llamar por teléfono al director del Departamento de Antropología Social y Cultural de la Universidad de Perpiñán donde le esperaban. No podía conseguir que alguien le reparara su coche. No había forma de comunicarse con el mundo exterior, pero todos parecían aceptarlo igual que le habían aceptado a él como un elemento más del pueblo, como un nuevo habitante postizo.

—A la gente no le extraña tu presencia. No eres el primero que aparece de la nada y se queda en Ultramort —le dijo un día Carme.

Lo más extraño era que Marc no se sentía incómodo en esa situación. De repente, era parte de una comunidad que le aportaba paz y le mantenía sin pedir nada a cambio. Estaba en una especie de retiro espiritual que podría servirle como periodo de desintoxicación del mundo académico y personal en el que tan confuso se sentía. Marc sufría una irrefrenable tendencia a huir del mundo escondiéndose en rincones de éste. No era la primera vez que lo hacía. Incluso a veces había soñado con hacerse monje y residir aislado en algún monasterio, sin las complicaciones superfluas por entre las que se escapa la vida.

En Ultramort los días se sucedían entre paseos por el campo y conversaciones con Carme. Ésta le trataba como un pariente lejano al que hay que cuidar sin preguntarle cuántos días va a estar en casa, como si hubiera asumido que era un nuevo habitante por tiempo indefinido. Le preguntaba por su trabajo, por su vida en general e intentaba conversar abiertamente con él, aunque en ocasiones Marc percibía que Carme se frenaba al hablar de la comunidad.

—¿Y cómo es que trabajas en Francia y no aquí? —le

preguntó Carme.

–Es una larga historia, como dicen en las películas, pero resumiendo te diré que sí, trabajaba aquí. Pero tengo la extraña costumbre de decir lo que pienso y a mi jefe no le gustó que le echara en cara que colocara a una sobrina suya en la universidad. Y cuando digo sobrina puedes ponerlo entre comillas. Realmente alguien más cercano y todos lo sabíamos. Así que, desde ese día, se dedicó a hacerme la vida más difícil de lo que es.

6

El crédito del coche todavía lo estaba pagando. Le quedaban tres años más de letras y lo que no iba a hacer era dejarlo abandonado. Así que volvió al taller. Aleix estaba sentado en una silla a la puerta de la calle, con un tallo de hinojo en la boca. Estaba apoyado en el respaldo de la silla y se balanceaba sobre las patas traseras. Vio a Marc acercarse y le siguió con la mirada hasta que estuvo frente a él.

–Buenos días. Soy Marc Kalan, el nuevo –se presentó–. Querría saber si sabe cuándo llegará la pieza de mi Kia.

Aleix sacó un pañuel del pantalón azul y se enjuagó el sudor de la frente.

–¿Del Kia? No, no lo sé –contestó–. Mire, esto era un taller de tractores y a veces de bicis. Pero desde hace tiempo no tenemos ni lo uno ni lo otro. Ya no los necesitamos. Y menos coches japoneses.

–Qué el mío es coreano.

–Qué me importa. Olvide su coche.

–¿Cómo que me olvide de mi coche?

–Que lo olvide –dijo subiendo el tono de voz–. No

tengo piezas de recambio, no tenemos teléfono en Ultramort para llamar para que la traigan, no tenemos coches ni tractores que funcionen. Ni siquiera bicicletas. Y si tuviéramos, no se las prestaríamos. Si quiere puede ir andando a por la jodida pieza o a pedir ayuda. Hasta la carretera principal hay 12 kilómetros y allí puede hacer dedo.

La actitud de Aleix le recordó que en verdad estaba en territorio enemigo y no en su ambiente, que era como un pez fuera del agua y que cree que tiene patas. Por muy bien que se sintiera aislado del resto del mundo, ese no era su lugar. Y lo que no iban a hacer era tomarle el pelo.

–Pues eso haré. Iré andando –decidió de repente Marc.

Tomó el camino que le conducía hasta la carretera principal. El silencio era absoluto a pesar de ser media mañana. El calor, como durante todo el mes, era sofocante. El bochorno le empapó de sudor la camisa. “Quién me mandará tener la lengua tan larga. Si tan mal no estaba. Todavía estamos en agosto y las clases no empiezan hasta el uno de octubre. Qué prisa hay por llegar. ¿Para firmar el contrato? Ya lo firmaré”. Pero siguió andando. Salió de las curvas que serpenteaban por el fondo del valle y alcanzó el tramo recto que atravesaba los campos de trigo. A esas alturas del año todavía nadie había recogido la cosecha. El calor se intensificó y no había árboles bajo los que protegerse y descansar. Se quitó la camisa y se la puso sobre la cabeza como un turbante. A lo lejos vio la imagen borrosa de la carretera nacional 330 y el desvío que había tomado. Parecían un espejismo. Se dijo que podía hacerlo, que no era un inútil ratón de biblioteca.

Sentía las piernas como piedras. Debería haber cogido por lo menos una botella de agua. Pero esta vez, como tantas otras, se había movido por un impulso y no

por la lógica. La imagen borrosa estaba más cerca y más borrosa.

Los siguientes pasos los dio sin pensar, mirándose los pies. Ahora uno, después el otro, ahora uno, después el otro. Si se detenía a descansar, difícilmente podría volver a ponerse en marcha.

La imagen borrosa de la carretera no la producía el calor. Se detuvo frente a una pared transparente de lo que parecía un líquido suspendido en el aire. “Hace calor, mucho calor, y lo que más me gustaría ahora sería tomarme un baño en agua fría. Por eso veo lo que veo. O eso o me va a dar otro golpe de calor. Y si me da otro golpe de calor, emigro a Islandia”.

Al atravesarla le golpeó en la cabeza el ruido de los coches, de los cláxones, de los perros que ladraban, de los cigarras frotando sus patas, del viento, de las hojas rozándose. Todos los sonidos le penetraron en la cabeza aumentados hasta un nivel insoportable de decibelios. Se sintió como si le hubieran puesto las orejas junto a unos altavoces y los hubieran encendido a la máxima potencia. Se agarró la cabeza con ambas manos. El ruido era inaguantable. Cayó al suelo y se hizo un ovillo. Pasó un coche con la radio encendida y las ventanillas bajadas. La música le taladró la cabeza. El cerebro le iba a estallar y gritó de dolor. Un avión atravesó el cielo. A Marc le salió un hilillo de sangre por los oídos.

7

Marc abrió los ojos con esfuerzo. La situación se repetía. La cabeza esta vez le dolía como si le estuvieran centrifugando el cerebro. Se encontraba en la misma habitación de la casa de Carme, una habitación que ya empezaba a considerar

como propia. Pero esta vez el padre Malestany estaba sentado al lado de la cama. Le miraba con expresión severa.

–Sé que no te encuentras tan mal entre nosotros – dijo–. No tienes porqué irte.

–¿No tengo porqué irme o no puedo irme? – preguntó Marc.

–¿Realmente son dos cosas distintas?

–Explíqueme qué está pasando –le pidió.

–Todo a su tiempo. Primero debes integrarte plenamente en la Comunidad.

–¿Integrarme? Yo no he ido a misa en mi vida.

Desde que Marc llegara a Ultramort sólo había pisado una vez la iglesia cuando entró a pedir ayuda, y no lo recordaba.

–Me refiero a otro tipo de integración –matizó el cura.

–¿Qué es lo que he visto? Esa especie de... no sé cómo explicarlo... de charco vertical –insistió Marc.

–No has visto nada. Te ha traicionado tu cabeza. Tus deseos de quedarte son mayores que los de marcharte y tus fuerzas no son las mejores para emprender una caminata tan larga bajo el sol.

El cura le tendió un vaso de agua. Marc lo cogió y bebió un par de sorbos.

–Si quieres te lo diré de otra manera. Te necesitamos –dijo el cura.

Marc le miró extrañado. Para qué le podían necesitar en un pueblo perdido en el fondo de un valle al final de una carretera.

–Es un trabajo que sólo tú puedes hacer. Por lo que me ha explicado Carme, estás cualificado para hacerlo.

–No sé que le ha explicado Carme, pero difícilmente hay aquí un trabajo para mí.

–Te equivocas, hijo.

En la puerta exterior de la sacristía le esperaban Alfonso, un tipo con el que te daría miedo compartir hasta el autobús, y Emili, un deficiente mental de unos veintipocos años. “Vaya patrulla me ha preparado el cura, Alfonsito el Navajas y Emili el Rápido”. Estaban sentados en los escalones de piedra que daban a la entrada. Alfonso apoyaba la espalda en la puerta de roble. Llevaba una camiseta blanca ajada y con manchas amarillas alrededor de las axilas. Emili llevaba puesto un suéter de colores difíciles de encontrar juntos en ningún otro sitio del universo. Además de la extravagante combinación de colores el suéter desentonaba en la época del año en la que estaban. Ambos desprendían un olor a sudor rancio. A los pies de Alfonso había una espuerta con martillos, cinceles y tres linternas.

—¿Y esto? —preguntó Marc señalando la espuerta—. El padre sólo me ha dicho que me ayudaríais a subir algunas cajas del sótano.

—A nosotros nos ha dicho que nos haría falta —contestó Alfonso—. ¿Tienes la llave?

Marc sacó una llave del bolsillo, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta. La sacristía estaba mal iluminada. Disponía de una única ventanilla en la parte alta de la pared de la puerta. Olía a canela y a manzanas asadas, lo que sorprendió a Marc. “Este hombre cocina en los ratos libres. Lo que no sé es dónde lo hará”. Presionó el interruptor. Al encender la luz vio una tarta de manzana sobre una mesa camilla. Junto a la tarta había platos, cucharillas, una botella de zumo y una nota. “Para cuando estéis cansados”, decía. “Bonito detalle, una tarta para

fomentar la amistad entre miembros de la Comunidad”, pensó Marc.

–¿Y por dónde se baja al sótano? –preguntó Marc.

–Nos ha dicho que bajo la alfombra hay una trampa –contestó Alfonso.

Levantaron la alfombra y allí estaba la trampa. Alfonso agarró una argolla que hacía de picaporte e intentó levantarla, sin éxito.

–Ayúdame –dijo a Emili.

Éste agarró también la argolla y tiraron hacia arriba. Esta vez la trampa cedió y se abrió. De ella surgió un golpe de aire cargado de olor a humedad. Alfonso encendió una linterna e iluminó el fondo.

–Hay unos escalones de piedra –informó.

–Pues habrá que bajar –dijo Marc.

Marc cogió una linterna. Alfonso hizo lo mismo y le dijo a Emili que cargara con la espuela. A Emili no le atraía la idea pero era una orden del padre Malestany, y una orden suya era incuestionable.

–Tanto tú como Aleix sois personas que habéis sufrido mucho en este pueblo –le dijo un día el padre Malestany –. Eso ocurre porque sois personas diferentes y los ignorantes temen lo diferente. Pero eso va a cambiar. Los ignorantes abrirán los ojos y verán en ti lo que eres, alguien único. En muchas otras partes del mundo las personas como tú son considerados seres tocados por lo divino y que por eso están más cerca del Señor. En algún momento sentirás su mano sobre ti. Mientras tanto serás mi soldado.

Eso llenó de orgullo a Emili, quien siempre había sido un trasto al que patear. Sus padres no advirtieron su nulo desarrollo cognitivo en los primeros años de su vida. Ya en edad escolar sus profesores vieron inmediatamente que su cerebro era incapaz de asimilar información, que no

podía hacer inferencias ni memorizar formas. Su edad mental se estancó en los ocho años y se convirtió en la vergüenza de sus padres. En muchas ocasiones lo dejaron solo en casa –el establo estaba detrás y se podía acceder sin problema a las vacas– con la negra esperanza de que sufriera algún accidente mortal. Pero no murió. Ninguna vaca lo pateó, aunque sí lo hicieron después los chicos del pueblo. Aleix había sufrido el mismo trato. Pero a Emili eso no le podía consolar, ni podía buscar su apoyo, porque Aleix era diez años mayor y ya nadie le trataba como a una bolsa de basura, o por lo menos no tan abiertamente.

No podía defraudar al padre Malestany. Cogió la última linterna, cargó con la espuerta y descendió tras Alfonso y Marc por unas escaleras en espiral. El polvo se le metía en la garganta y le costaba respirar. Bajando dio una vuelta al pilar central, dos vueltas, tres vueltas y llegó a un rellano. Allí le esperaban Marc y Alfonso. Enfocó hacia los lados con la linterna y vio que realmente no era un rellano sino un pasillo. Los tres se introdujeron por él. Los pasos huecos y la respiración cada vez más dificultosa de los tres eran los únicos sonidos que percibían. Al final del pasillo se chocaron con una pared con la que terminaba el camino. Era una pared antigua lo que significaba que las piedras estaban encajadas sin ningún tipo de masa que se hubiera utilizado como junta. Estaban puestas a peso y, si no fueran de mucho grosor, podrían simplemente extraerlas una a una. Lo intentaron en vano. Estaban encajadas como cuñas.

–Aquí se acaba el paseo –dijo Marc.

–Será, aquí empieza el trabajo con los martillos – corrigió Alfonso. –Emili, pasa un martillo y un cincel y tú haz lo mismo.

Picaron la piedra. El grosor de la pared era mayor del esperado. Después de picar tres horas habían logrado quitar la primera capa de piedras que tapiaban el pasillo.

–Creo que ha llegado el momento del descanso –dijo Alfonso. –Vamos arriba.

Marc y Emili dejaron los martillos en el suelo y subieron tras Alfonso.

9

Se sentaron alrededor de la mesa camilla y se sirvieron zumo y tarta.

–Nos han dicho que trabajas en la universidad –rompió el silencio Alfonso – Que eres una eminencia en no sé qué. Uno de esos tipos que se pasan el día pensando y hablando. ¿Qué enseñas?

–Antropología de los espacios –respondió Marc.

–¿Qué es eso? –preguntó Emili esta vez.

–Es el estudio de los espacios interpersonales y persona–espacio en las diferentes culturas –contestó como un disco rayado.

–¿Y eso sirve para algo? –insistió.

–Sí y no. Todo depende de lo que se haga después con la información. Por ejemplo, no en todas las culturas las personas mantienen la misma distancia cuando se hablan. Los occidentales solemos mantener un brazo de distancia y en cambio los árabes medio brazo. Si un hombre de negocios árabe no quiere resultar agresivo con un colega europeo pues intentará alejarse un poco. Entre europeos también hay diferencias. Los mediterráneos nos tocamos mucho como muestra de confianza. Pero si tocas el hombro a un escandinavo reaccionará como si le hubieras tocado el culo.

–Bromeas.

–Pues no. Tú haces también cosas extrañas para otras culturas. Imagina que subes en un ascensor donde hay

otra persona. ¿Te pones a su lado o te alejas lo máximo posible?

–Es que yo nunca he subido en un ascensor.

–Bueno, pues imagina que te vas a sentar en un banco en el que ya hay otra persona. ¿Dónde te sientas, cerca o lejos de la otra persona?

–Lejos –respondió Emili.

–¿Ves? Pues para los chinos tú serías como un escandinavo porque ellos no sienten la necesidad de alejarse. Y todo esto que te estoy explicando luego sirve para, por ejemplo, decidir cómo tienen que ser de anchos los asientos en el cine para que los clientes se sientan cómodos y no acosados por el desconocido de al lado. O para decidir la anchura de los pasillos en los edificios públicos.

Marc hizo una pausa para beber zumo.

–No sé si os habéis fijado pero hace unos años los políticos aparecían solos ante el público en los mítines. Ahora siempre aparecen con gente detrás que escucha atentamente o agita banderas. ¿Sabéis por qué?

–No –respondió Emili.

–Para dar sensación de estar arropados por la gente. La presencia o ausencia de personas, su cercanía o lejanía, provoca estos efectos en las personas que están en sus casas viendo las noticias. Lo mismo ocurre con el parlamento inglés, que es tan pequeño que parece que siempre está lleno de tories que trabajan.

–Nosotros no tenemos tele –recordó Alfonso.

–Tampoco tienen tele en los monasterios pero allí los monjes y las monjas deben andar junto a la pared. Y eso es muestra de humildad.

–No he entendido todo –reconoció Emili–, pero parece muy interesante.

–Seguro que has entendido más que la mayoría de

los alumnos que he tenido.

Emili se quedó pensativo con la mirada perdida. Él nunca había salido de la comarca y no sabía nada de otros países ni otras culturas. Si hubiera tenido esa oportunidad quizá no sería como era.

–Para saber todo eso habrás tenido que viajar mucho, ¿no?

–Y leer también mucho –dijo Marc.

–Yo leo con muchos problemas. Sé poner algunas letras juntas y leer mama, papa, pala y más palabras. Pero nunca he podido viajar.

–Tampoco he hecho tantos viajes. He estado en muchos países europeos, en alguno africano, en Estados Unidos y en algún país de Asia. De hecho, dos días antes de aparecer aquí acababa de llegar de Corea del Norte.

–¿Y eso dónde está? –preguntó Emili.

–En Asia, al lado de la China. Muy lejos, vamos –dijo Alfonso.

–¿Y qué hay que hacer para ir allí? –preguntó Emili ingenuamente.

–Esperar mucho tiempo –respondió Marc.

Cuando le llegó la oportunidad de viajar a Corea del Norte, Marc trabajaba todavía en la Universidad Autónoma de Barcelona.

El profesor Costas, un experto en comunidades matriarcales, había solicitado años antes a las autoridades coreanas la posibilidad de realizar una estancia en la Universidad Popular de Pyongyang. Pretendía estudiar las comunidades del interior de Corea, cercanas a China, donde resistían grupos humanos en los que el papel de las mujeres era hegemónico: decidían quién se casaba con quien, negociaban la dote, resolvían problemas de disputas e incluso, cuando había escasez de tabaco, la abuela era la única persona que podía fumar en la familia. Curiosamente,

los años de comunismo no habían podido modificar estas costumbres ancestrales. Seguramente debido a que el régimen comunista coreano considera el folclore y la tradición parte fundamental de la unión entorno al estado.

La autorización llegó años después de presentada la solicitud. Por entonces el profesor Costas estaba involucrado en otro proyecto, además de que su mujer le prohibió expresamente abandonar el país por tanto tiempo, no porque no se fiera de él sino porque no se fiaba de cómo lo cuidarían. Qué haría su marido solo en un país tan lejano.

Antoni Dalmau, el director del Departamento de Antropología Social y Cultural, no dejó pasar la oportunidad de plantear a Marc, aunque, veladamente, exigiéndoselo, la ocasión irrepetible de ser él el afortunado que podría pasar unos años en Corea del Norte. Podría estudiar las sociedades matriarcales desde el punto de vista de los espacios y las relaciones interpersonales.

–Puedes hacer algo importante –le dijo.

–¿En Corea del Norte? ¿Hablas en serio?

Antoni Dalmau empezó a dar golpecitos a la mesa con el bolígrafo que se había sacado del bolsillo de la camisa.

–Piensa que muy pocos occidentales tienen la oportunidad de realizar trabajos de campo en Corea. Serás uno de los contados que pueden hacerlo.

–Pero, ¿para qué va a servir?

Antoni Dalmau suspiró, molesto por tener que explicar lo evidente.

–Por una parte para dar prestigio a nuestro Departamento. Y por otra para que tú sepas dónde estás.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Que quizás desde la distancia comprenderás cuál es tu papel aquí.

–Ahora comprendo. Quieres decir que como tú eres el jefe, has decidido perderme de vista. Y yo, perdido en Corea, debo asumir eso.

–Si así lo ves, es tu problema. Pero, o vas y ayudas a este Departamento a crecer, o te quedas y serás un cero.

Dejar el trabajo fue la primera opción que Marc tomó en cuenta. Pero era poco inteligente. Dejar el trabajo significaba empezar de la nada otra vez. En los periódicos no solían poner anuncios del tipo: Buscamos antropólogo experto en describir a qué distancia se hablan las personas y otras cosas inútiles, trabajo bien remunerado. Y menos cuando se era un recién doctorado sin un curriculum vitae excesivamente largo. Más inteligente sería aceptar la estancia en Corea, ser uno de los contados antropólogos que han publicado artículos y quizás algún libro sobre las sociedades rurales coreanas y entonces volver, buscar un trabajo en otra universidad y presentar la dimisión restregándosela al director del Departamento por la cara. “Hay te quedas con tu amiguismo”, le diría. “Ahora puedes colocar a otro amigo tuyo en mi lugar”.

Al día siguiente de la conversación con Antoni Dalmau, Marc fue a su despacho.

–Acepto.

El director sonrió con alivio.

–Pero con una condición. Debes garantizarme, firmando un contrato previo, la publicación del trabajo que realice en forma de libro.

–No hay problema siempre y cuando tú te comprometas, y no hace falta que firmes nada, a publicar también dos artículos anuales.

–Hecho.

–Sí , Emili. Hay que esperar mucho. Primero para que te autoricen. Después para que te den el visado. Luego en el control de pasaportes cuando bajas del avión. Y no es que haya mucha gente, es que te miran hasta las etiquetas de la ropa para ver si quieres introducir algún texto subversivo.

–¿Sub qué? –le preguntó Emili con la boca llena de tarta.

–¿Por qué no le hablas normal al chico? No le hagas quedar como más idiota de lo que ya es –dijo Alfonso.

–Perdona, Emili. Quería decir que no se puede entrar nada que no les guste.

El militar que inspeccionaba los equipajes le hizo abrir la maleta. Marc sabía que en la República Popular Democrática de Corea no se podían introducir cámaras de vídeo, ni sistemas de posicionamiento global, ni teléfonos móviles. En cambio, estaban permitidos las cámaras de fotos (aunque no se podía fotografiar todo), los ordenadores portátiles sin dispositivo de comunicación instalado, PDA y reproductor de MP3 sin grabadora. Todo esto fue lo primero de lo que le informaron al recoger su visado. De que también le inspeccionarían hasta las gomas de los calzoncillos no le informaron.

El militar tomó el pasaporte de Marc y lo abrió por la hoja en la que estaba pegado el visado.

–Veo que va a trabajar en la Universidad Popular de Pyongyang –dijo en un extraño inglés que sonaba a golpes de martillo–. Como sabrá el nivel científico de nuestros académicos está por encima del de los occidentales.

Marc no sabía qué contestar a esa afirmación tan segura por parte del militar. Desde luego, lo que no iba a hacer es contradecirle.

–En el vestíbulo le estará esperando su intérprete –le

informó—. Espero que tenga una agradable estancia.

El vestíbulo del aeropuerto parecía el de una estación de trenes provinciana, oscura y anticuada. A duras penas vio la pequeña silueta de un tipo sosteniendo un cartelito con el nombre Marc Kalan escrito a mano. Marc le saludó y se presentó.

—Bienvenido a la República Popular Democrática de Corea, señor Kalan. Me llamo Kim Song Il y seré su intérprete. Deseo que su estancia en nuestro país sea fructífera.

—Pues será la única fruta que vea aquí —susurró.

—¿Cómo dice?

—Que yo también espero que sea fructífera.

Al salir al exterior Marc pudo ver el rostro de su intérprete, un rostro que en ese momento le hubiera sido imposible distinguir en una manifestación de coreanos. Frente al edificio les estaba esperando el chófer, apoyado en un destartado coche y con un cigarrillo a punto de caérsele de la comisura de la boca. El chófer le tendió la mano no para estrechársela sino para darle un ramo de flores.

El ramo de flores suponía la primera prueba que el visitante extranjero debía superar a los ojos de las autoridades coreanas. No era un ramo de bienvenida sino un ramo que se debía depositar a los pies del gigantesco monumento a Kim Il-Sung, eterno presidente de la República, fallecido en 1994. Si el extranjero no depositaba el ramo, o era un ignorante o un elemento de discordia. E ignorantes no había porque todos los extranjeros eran informados en las embajadas de cómo no ofender a sus anfitriones.

El título de eterno presidente de la República no era gratuito. Era el primer caso de líder comunista que se convertía en divino y alrededor del cual se construía una

religión, además de carácter hereditario. Su hijo, Kim Jong-il era el representante en la tierra de su padre—dios, es decir, el Presidente de la Comisión de Defensa de Corea del Norte, la autoridad administrativa más alta.

Por las calles no se veían coches. Algunas personas se desplazaban en bicicletas. Las avenidas casi desiertas de Pyongyang creaban un ambiente post nuclear en el que la mayoría de la población hubiera desaparecido.

Marc se sentía como un personaje de 1984, la novela de George Orwell. Era un mundo lleno de detalles del control que se podía ejercer sobre la gente. Al llegar al hotel se dio cuenta en seguida. La habitación estaba presidida por un retrato de Kim Jong-Il. Era una especie de imitador de Elvis, pero enano y de ojos rasgados. A pesar de su escasa estatura Marc tenía la sensación de que un tipo alto le seguía con la mirada por toda la habitación. El secreto estaba en el retrato, situado a dos metros del suelo e inclinado en la parte superior del marco. Así creaba el efecto de que siempre te miraba desde arriba.

El hotel Koryo era uno de los tres que había en Pyongyang destinados a los extranjeros. Era un enorme edificio vacío, un laberinto de pasillos con habitaciones deshabitadas. Los pocos inquilinos que había se alojaban en las plantas inferiores y aventurarse por las superiores era una irresponsabilidad si no se llevaba un plano.

A la mañana siguiente Kim, el intérprete, pasó a recogerle y, junto con el chófer, le llevó a la Facultad de Historia de la Universidad Popular de Pyongyang. Le presentaron a algunos trabajadores y le indicaron cuál sería su despacho, un cubículo austero con un escritorio donde poner el ordenador portátil, una silla y una estantería coja. Era tan pequeño que cerrar la puerta hubiera sido un suicidio por asfixia, pero aun en el caso de que hubiera querido suicidarse no lo habría podido hacer. La puerta

siempre debía estar abierta. No es que siempre tuvieran calor, es que de esta forma el tipo del despacho de en frente podía echarle un ojo.

Le proporcionaron material sobre las sociedades que iba a estudiar. Todos los textos estaban escritos desde el punto de vista del Juche, un sistema filosófico e ideológico creado por el eterno presidente Kim Il-Sung e interpretado por su hijo Kim Jong-Il. Según el Juche, todas las personas eran libres de escoger su destino y los coreanos habían escogido el camino de la revolución. Por lo tanto, podían asumir el papel de maestro de la revolución y trabajar por el bien de todos. Por suerte para Marc, una de las características del Juche era el respeto y la defensa de la cultura tradicional coreana, así que las comunidades rurales del interior del país, aunque bajo un estricto régimen económico comunista, habían mantenido sus propios hábitos sociales.

–Emili, imagínate un Ultramort de 20 millones de habitantes, donde todos tienen una función que realizar y que el bien último es la comunidad– dijo Marc.

–Deben de ser muy felices allí.

–Sí, muy felices. Tanto como nosotros. ¿Continuamos nuestro trabajo?

–Eso, que estamos más tiempo sentados que trabajando –dijo Alfonso.

Descendieron de nuevo por las escaleras. Cogieron los martillos y los cinces del suelo, donde los habían dejado, y picaron el muro que les cerraba el paso. Poco a poco y con mucho esfuerzo desprendieron las primeras piedras, que Emili transportaba al exterior en la espuesta.

–No imaginaba que nos fuera a costar tanto trabajo –admitió Alfonso mientras martilleaba la piedra sudando a mares.

–¿Y cuánto tiempo estuviste allí? –preguntó Emili.

–¿En Corea? Casi tres años.

–¿Y por qué volviste?

–Porque me tocaron las pelotas.

Durante esos casi tres años Marc no se sintió feliz, tampoco triste. Se sintió alienado. Marc era impulsivo y reaccionaba de manera poco inteligente cuando algo no le parecía correcto. No era capaz de controlarse y la alienación, o la muerte mental dicho de otra forma, le sentaban como un calmante al cual no podía renunciar.

Un día Kim entró en el despacho con una carta en la mano.

–Te escriben de la Universidad en España. Es tu jefe.

–¿Y tú cómo lo sabes? –preguntó Marc.

“Vaya pregunta. Como si no fuera evidente que han despegado y vuelto a pegar la solapa del sobre”. Cómo no iban a controlar el casi único medio de comunicación con el mundo exterior.

Efectivamente, era Antoni Dalmau, quien le informaba de que le rescindía el contrato con la Universidad Autónoma de Barcelona ese mismo año al no haber cumplido con su parte del trato. Los dos artículos anuales fueron publicados, pero uno fue aceptado con retraso por una publicación de la Universidad de Columbia, en Estados Unidos, lo que fue suficiente para justificar su despido. Aun así, publicarían el libro, tal y como habían acordado, siempre y cuando lo remitiera antes del fin de diciembre.

Trabajó con empeño en el libro que quedó concluido a tiempo y publicado al semestre siguiente. Durante ese tiempo buscó trabajo desde Corea en otras universidades y la primera en hacer una oferta en firme fue la Universidad de Perpiñán, en cuya revista de estudios antropológicos había publicado uno de los artículos. Recibió otras tres ofertas, todas de Estados Unidos. Ser uno de los pocos

antropólogos que habían realizado un trabajo de campo en Corea del Norte le había convertido automáticamente en un profesor cotizado. No habló personalmente con Antoni Dalmau pero le escribió una carta de agradecimiento y despedida en la que le deseaba suerte a la amiga suya que obtuviera el puesto que había dejado vacante.

Pero se le estropeó el coche camino de Perpiñán.

—Y así llegué a Ultramort, mi pequeña Corea. De donde nadie puede escapar, sólo ser feliz —dijo Marc como si estuviera sobre un escenario.

11

—Todo el mundo tiene su historia —afirmó Alfonso.

—Yo no recuerdo mi historia —dijo Emili—, pero no me importa. El padre Malestany dice que soy especial, así que no necesito tener historia.

—¿Cuál es la tuya, Alfonso?

—Empieza en un barrio de las afueras de Zaragoza, un barrio obrero, más bien pobre y lleno de jóvenes desauciados por la sociedad, que roban, beben vino barato y fuman chocolate y maría. Nada del otro mundo, como ves. El problema fue cuando pasé de fumar maría a meterme coca y después a chutarme. Imagino que historias de drogatas habréis escuchado muchas. La mía no es diferente. Mi madre bien lo sabía y lo sufrió como nadie.

Alfonso no asistió al entierro de su madre porque estaba colocado.

—Has matado a tu madre de pena —le dijo su padre después.

—No me jodas. Ha sido el cáncer, como a mucha otra gente.

—No me jodas tú y vete de casa.

Alfonso no tenía nada que vender. Sólo podía robar. Pero la desesperación agudiza el ingenio. Paseando por la plaza del Pilar escuchó a dos adolescentes hablando sobre un tipo que había subastado a su propia familia en e-bay. Alfonso se acercó a ellos y les pidió que le explicaran que era eso de e-bay. Los chicos no le hicieron caso y se alejaron de él. Pero Alfonso cogió a uno de ellos por el hombro.

–Que me expliques que es eso de e-bay –le dijo en tono amenazante.

No sólo se lo explicó sino que además fue con él a la biblioteca municipal donde disponían de ordenadores de uso público y le abrió una cuenta. Alfonso descubrió entonces que no tenía nada que vender, ni siquiera a su familia. “Puedo robar libros de la biblioteca y subastarlos después”, pensó. Robó tres libros de una librería. En la biblioteca tenían detectores y le hubieran descubierto robando –lo cual no le preocupaba– y no le hubieran permitido volver a entrar para utilizar los ordenadores –lo cual sí hubiera sido un problema–. Pero tuvo tan mal ojo que los títulos que robó no interesaron y nadie pujó por ellos.

Perdió la esperanza de sacar algo en claro de las subastas por internet. “Si pudiera le vendería mi alma al diablo para sacar unos euros”. Y eso hizo. “Quizás a alguien le llame la atención y puje”. Puso 900 euros como precio de partida. “Ya que vendo el alma, por lo menos que me saque para un chute”. Y aunque no lo esperaba, una persona pujó por ella. Como fue la única, ganó la puja. Ese mismo día recibió un correo electrónico del comprador en el que le comunicaba que los 900 euros le serían entregados en mano. Debía ir a recogerlos a Ultramort, en Gerona. El comprador le informaba de que le había sido remitido un sobre con un billete de tren. En la estación de Gerona le

estaría esperando un coche. Alfonso no dudó un momento de que debía ir a Ultramort, porque, al fin y al cabo, era su dinero. Si el comprador tenía el capricho de pagarle un viaje, él no se lo iba a negar. No dudó un momento aunque sólo le incluía un billete de ida, pero no de vuelta.

Tomó un tren dirección Barcelona donde hizo transbordo. En el tren que le llevaba a Gerona una gruesa mujer mayor de abundante bello facial ocupó el asiento del lado del pasillo, dejándole arrinconado contra el cristal de la ventana. La mujer estiró las piernas y Alfonso se fijó en que hacía mucho tiempo que no se las había depilado. El traqueteo del tren hacía que la mujer se pegara a su hombro. Eran contactos ligeros, casi insignificantes, pero que se repetían una y otra vez. Alfonso se echó todo lo que pudo hacia la ventana. Los pelos de las piernas parecían finas lombrices bajo las medias transparentes de la anciana. Las lombrices se movían inquietas. Alfonso empezó a golpetear con las uñas la pared del vagón, como si estuviera marcando el tiempo de una canción rítmica. La mujer le miró y Alfonso aceleró el ritmo de los golpecitos.

—¿Está nervioso? —preguntó la mujer.

Alfonso la miró dejándole claro que la mataría si hacía otra pregunta estúpida. Se levantó y fue a los servicios. Se sentó en la taza del váter y se lió un cigarrillo. Lamió el papel de fumar y lo impregnó en heroína. Lo fumó en cinco caladas y apoyó la cabeza contra la pared del retrete.

En el andén de la estación de trenes le estaba esperando Joan.

—Tú eres Alfonso, ¿verdad? —le preguntó Joan.

Tampoco le extrañó que alguien a quien no había visto nunca le reconociera en un andén abarrotado. Sólo contaban los 900 euros con los que podría pillarse un buen pico.

–Sí. ¿Tú eres quién me va a pagar?

–No. El pago se hará en Ultramort, como ya se te ha explicado.

Se subieron en un Fiat Punto. En todo el camino no cruzaron una palabra, ni tan siquiera Alfonso le pidió permiso a Joan para fumar en el coche un cigarrillo con el papel empapado de heroína. Llegaron a Ultramort. Joan aparcó el coche en el taller de Aleix y fueron a la iglesia.

Cuando Alfonso vio hacia donde se dirigían, no supo qué pensar. ¿Su comprador le esperaba en una iglesia o le quería confesado antes de entregarle el alma? Su alma ya no se podía salvar por mucho que se confesara, pensaba Alfonso. Se detuvo frente a la iglesia.

–Entra –le ordenó Joan desde el umbral de la puerta– Te está esperando el padre Malestany.

El interior de la iglesia era diferente al de cualquier otra que hubiera visto, que no eran muchas. No había figuras de personas sufriendo ni rogando.

–Áquel es el padre Malestany –le dijo Joan señalándole a un hombre de pie frente al altar–. Ve hacia él. Te está esperando.

El padre Malestany se giró cuando Alfonso caminaba por el pasillo entre los bancos vacíos.

–Bienvenido a nuestra casa, Alfonso –le saludó el cura.

–Sí, sí, bienvenido.

–Espero que hayas tenido un viaje agradable.

–Sí, sí, muy agradable. Y espero tener una vuelta más agradable con 900 euros en el bolsillo.

–Veo que vas directo al tema.

–Hombre, si quiere que venga a recoger el dinero, pues vengo. Pero no me pida que le dé encima conversación.

–Tienes razón. Nada de conversación. Primero lo

que es primero –le dijo el cura sacándose unos papeles de la sotana–. Esto un certificado de entrega de la mercancía. Firma aquí y así quedará constancia de que la transacción se ha realizado y ninguna de las partes podrá reclamar nada a la otra.

Alfonso firmó con mano temblorosa donde le había indicado el padre Malestany. El padre Malestany también lo firmó. Dobló la hoja con parsimonia, primero por la mitad, después en cuartos. Finalmente, se la guardó bajo la sotana, de donde sacó un sobre con los 900 euros.

–Aquí tienes –dijo el cura tendiendo el sobre.

Alfonso lo cogió.

–¿Eso es todo? –preguntó Alfonso. No sabía en qué momento su alma le había sido arrancada. –¿Y el alma?

–Me la entregarás cuando mueras –dijo el cura.– Lo acabas de firmar.

–Cuando esté muerto no me servirá para nada. ¿Hay algún lavabo aquí?

El cura le indicó la puerta de la sacristía donde encontraría un lavabo. Esta vez no le era suficiente liarse un cigarrillo con heroína impregnada en el papel. Se sacó de una mariconera el kit del drogadicto excursionista y se metió un viaje. Sintió como su cuerpo se despegaba del suelo del lavabo de la sacristía. Levitaba como una cucaracha patas arriba, pero levitaba aunque fuera en posición tan extraña. Salió del lavabo y atravesó la sacristía. Salió por una puerta al exterior y flotó hasta una casa junto a la iglesia. Al pasársele los efectos de la heroína se descubrió sobre una cama. Alguien le había llevado allí y le había maniatado a la cabecera.

Lo primero en lo que pensó fue en su dinero. Se lo querían robar.

–Cura de mierda, ¿para esto me haces venir, para reírte de mí? –gritó.

En la habitación entraron dos tipos fornidos por el trabajo en el campo. No mediaron palabra alguna. Uno de ellos llevaba un vaso con una infusión. El otro le inmovilizó poniéndole la rodilla en el pecho, le agarró del pelo presionándole contra la cama y le abrió la boca. El primero le vertió la infusión. Alfonso no pudo escupirla porque los dedos del que le abría la boca le presionaban los carrillos entre las mandíbulas. Así que no la pudo cerrar y se tragó la infusión como un ganso. La acción se repitió todos los días durante dos semanas.

Alfonso dejó de picar la piedra. Miró al retrasado y al listillo profesor de universidad.

–El padre Malestany me explicó que los mayas no sólo conocían la hoja de coca y sus usos, sino también cómo anular la adicción a cualquier narcótico –dijo.– Parece que utilizaban las drogas durante un periodo de tiempo para hablar con sus dioses. Y cuando sabían lo que querían saber se sometían a la misma cura que me sometió a mí el padre Malestany.

–¿Y después de la cura no regresaste a casa? –preguntó Marc.

–¿A qué casa? Lo había perdido todo y aquí he recuperado la sensación de libertad y, sobre todo, de ser alguien.

## 12

–Por fin –dijo Alfonso cuando dio un golpe de martillo y atravesó con el cincel la pared de piedra que tapiaba el camino. Una ligera corriente de aire con olor a tierra y humedad les dio en la cara. Continuaron martilleando hasta que el agujero fue lo suficientemente grande como para que pasara una persona encogiéndose. Al otro lado se extendía

el pasillo en línea recta. Al fondo había una puerta de madera.

–Vaya con el padre –dijo Marc. –¿Y ahora qué?

–¿Tú no tienes una llave?

–¿Y crees, Alfonso, que la misma llave que abre la sacristía también abrirá una puerta que estaba al otro lado de un muro de casi medio metro de piedra que lleva no sé cuántos años ahí puesto? –preguntó Marc incrédulo.

–Todo será cuestión de intentarlo, ¿verdad? –dijo Alfonso.

Marc sacó la llave del bolsillo y al instante se dio cuenta de que era muy probable que encajara. Metió la llave por la cerradura y lentamente la giró una vez, suficiente para que la puerta se abriera entre el sonido de las visagras oxidadas y la madera carcomida por siglos de humedad.

“Estamos, según nos hemos ido desplazando, bajo la iglesia –pensó Marc–. Pero la profundidad es tal que seguramente aquí dentro se situará una cámara por debajo de la cripta. Una especie de doble fondo donde guardar los secretos. Lo extraño es que además se conservara durante tantos años la llave de las puertas. ¿Cuántos años hará que nadie entra aquí?”

–Qué, ¿entramos? –preguntó Alfonso.

Marc abrió por completo la hoja de la puerta y entró primero. Iluminó el interior de la cámara. Bajo el polvo acumulado descubrió la forma de cuatro cofres cerrados con enormes candados decorados con una serpiente.

–Como la de las pinturas en la iglesia –dijo Emili.

Marc imaginó que en la iglesia había frescos sobre Adán y Eva y la tentación del diablo en forma de serpiente.

–Fijaos en éste –dijo Marc señalando uno de los cofres.

–¿Qué le pasa? –preguntó Emili.

–Fijaos bien. Los candados de los otros tres cofres

están cubiertos de polvo, como todo. Pero el de éste parece que alguien lo haya abierto hace menos tiempo. Tiene mucho menos polvo.

—Será porque la última vez que alguien entró aquí sólo abrió este cofre y los otros ni los tocó.

Marc no se lo discutió. Aun así le parecía muy extraño. Se agachó e intentó levantar uno de los cofres, pero era muy pesado y lo dejó de nuevo en el suelo.

—Tendremos que subirlos entre dos. Emili, te quedas tú aquí descansando mientras Alfonso y yo subimos el primero. Después bajaré yo y entre los dos subimos el siguiente. Después Alfonso y tú y finalmente otra vez Alfonso y yo —propuso Marc.

Llevaron el primero de los cuatro cofres hasta el agujero que habían abierto. Marc pasó primero y cogió el cofre que Alfonso le acercó por el otro lado. Después pasó Alfonso por el agujero y lo subieron hasta la sacristía y lo depositaron junto al escritorio del padre Malestany. Marc bajó las escaleras de nuevo. Cuando se agachó para pasar por el agujero oyó a Emili hablando.

—Así lo haré —decía.

Marc se acercó a la cámara con sigilo. Asomó la cabeza por el umbral y enfocó con la linterna al interior. Emili había apagado la suya y se había quedado a oscuras.

—Así harás qué —preguntó Marc.

—Detrás de esa pared está el Señor. Me ha dicho que soy especial y que todos debéis saber que lo soy.

—¿Qué señor?

—El único.

—Y te ha explicado cómo hacer que sepamos que eres especial.

—Sí.

—¿Cómo?

—Me ha dicho que no se lo diga a nadie. Todos lo

descubriréis en su momento.

–¿Y por qué has apagado la linterna?

–Me ha dicho que no necesitamos ver la luz sino la oscuridad. La luz hace daño a los ojos y la oscuridad calma.

–¿Seguro que estás bien?

–Claro. ¿Por qué no lo voy a estar?

Levantaron el segundo cofre y lo subieron a la sacristía. Una vez estuvieron los cuatro cofres junto al escritorio del padre Malestany, Marc cogió un trapo y les quitó el polvo.

–La siguiente parte del trabajo te corresponde hacerla solo –dijo Alfonso mientras salía por la puerta acompañado por Emili –. Que te vaya bien.

A Marc también le extrañaba que en ningún momento le hubieran preguntado qué tipo de trabajo le había pedido el padre Malestany que realizara ni qué había en los cofres. “Haya lo que haya, yo tampoco lo voy a ver hoy, que es tarde”, pensó. “Así que me voy a ver a Carme, a cenar y a dormir. Y mañana veremos qué encontramos dentro. Y a la curiosidad científica que le den viento fresco”.

13

Aquella noche Marc soñó con Emili. En el sueño no sufría ningún tipo de retraso mental. Era un joven sobrio y estricto. No andaba encorvado sino recto como el padre Malestany y su mirada era despierta y zorruna. Vestía tejanos negros y una camisa negra. Llevaba también un ancho cinturón de cuero cerrado con un broche de metal con el mismo dibujo de una serpiente que el del candado de los cofres.

Entró en la iglesia, donde todos los habitantes de

Ultramort le estaban esperando. Las puertas se cerraron tras él. En el altar le esperaba el padre Malestany. Se dirigió hacia él.

–La luz os ciega. La oscuridad es el verdadero camino y yo os dirigiré por él –dijo Emili ya desde el púlpito–. Hoy seréis la clave del cambio y felices daréis la vida.

Desplegó unas alas negras sobre sus espaldas, como un ángel oscuro. Puso una mano sobre el hombro del padre Malestany y la otra sobre su cabeza. Se la arrancó de cuajo, rasgando los músculos del cuello. Con la sangre que brotaba de las arterias bendijo a los habitantes de Ultramort que hacían cola frente a él.

–Regresa al camino –decía cada vez que lanzaba un chorro de sangre. Las caras ensangrentadas le agradecían sus palabras.

Marc se despertó durante la noche con la sensación de haber visto alguna película de serie B. Se asomó por la ventana. Las farolas estaban apagadas. Entonces escuchó claramente el sonido de algún animal arrastrándose. El antinatural silencio era tan profundo que el sonido le llegó como una caricia viscosa tras la oreja. Se le erizaron los pelos de la nuca.

Por la mañana no estaba seguro de si el sonido era parte del sueño o si realmente lo había escuchado.

Carme le preparó el café y se lo sirvió junto con un par de tostadas que depositó junto a la mermelada casera.

–Anoche tuve un sueño muy raro.

Carme se sentó frente a él. Le miró y Marc supo que le decía te escucho.

–Pero el sueño no fue tan raro como lo que sentí después. ¿Has salido alguna vez por la noche?

A Carme la cara se le congestionó.

–No. ¿Para qué?

–Sentí un ruido muy extraño.

–Sería alguien de los que vigilan por la noche. Ultramort es un pueblo tranquilo pero hay un grupo de personas que se turnan para hacer una ronda nocturna.

Marc asintió con la cabeza mientras mordía una tostada.

–¿Por qué has puesto esa cara cuando te he preguntado si has salido alguna vez por la noche?

–No sé a qué te refieres.

–Parecía como si la pregunta te hubiera recordado algo desagradable.

–Quizá que aquí no hay a dónde ir por la noche – dijo nerviosamente.

–No creo que fuera eso.

Carme suspiró y dejó pasar unos segundos de silencio en los que decidía si hablar abiertamente o no.

–Mi marido salió una noche y no volvió –dijo finalmente.– Lo único que me queda de él es su alianza. Y no, no salgo por la noche porque no tengo ganas, porque no tengo a dónde ir y porque me da miedo. ¿Te vale? – explicó en un tono de voz cada vez más enérgico y frustrado a la vez.

Ambos miraron sus tazas de café en silencio.

–Perdona. Te pregunto demasiadas cosas, como si tuviera algún derecho. Y lo cierto es que sólo estoy aquí alojado y de paso. Y no tienes por qué explicarme nada.

–No. Perdona tú –dijo Carme conciliadoramente. – Es que hay temas que no quiero recordar aunque quizá me haría bien hablar de ellos.

Marc llegó a la sacristía a media mañana. Dentro le estaba

esperando el padre Malestany.

–Veo que lograsteis subir los cofres.

–Sí. No fue fácil llegar a ellos pero al final lo conseguimos –dijo Marc–. No los abrí ayer porque se nos hizo tarde y además no sé exactamente qué quiere que haga.

–Muy fácil. En estos cofres hay documentos relacionados con la historia de esta iglesia y con Ultramort en general. Primero ordénalos por fechas y temas y después busca en ellos información que te ayude a comprender a la Comunidad en la que vives.

–No le comprendo. Clasificarlos lo puedo hacer. Pero, ¿a qué se refiere con eso de comprender a la Comunidad?

–Seguro que lo descubrirás tú solo. Yo te dejo, que tengo cosas que hacer.

–Un momento. ¿Cómo los abro? –preguntó Marc al padre cuando éste iba a entrar en la iglesia a través de la puerta que la comunicaba con la sacristía.

–Todavía tienes la llave –le contestó y se fue sin darle pie a réplica alguna.

“Vaya. Ahora resultará que es una llave maestra de hace no sé cuántos años”, pensó. Introdujo la llave en el candado del cofre que tenía más a mano, el primero que habían subido y que por tanto estaba más cerca del escritorio. La llave giró sin problemas. Abrió el cofre y vio su contenido. Estaba lleno de pergaminos, algunos enrollados, otros recogidos en pieles curtidas y otros entre tablas de madera. “A ver si esto se me deshace entre los dedos y la liamos. Lo primero que tengo que hacer es clasificar los documentos por siglos y después por temas”.

Sacó el primer pergamino y buscó el año en la cabecera: 1375. Los siguientes pertenecían al periodo entre los años 947 y 1376. Algunos documentos estaban

redactados en latín y la fecha escrita en números romanos. Los otros estaban redactados en romance, sobre todo a partir del siglo XIII.

Abrió los otros cofres. En uno de ellos los pergaminos eran tan viejos que el fajo que cogió se deshizo entre sus dedos. Pero a simple vista cualquiera se habría dado cuenta de que su lectura sería imposible para alguien que no fuera un experto en el tema. Y Marc no lo era. Los documentos de los otros dos cofres pertenecían a épocas posteriores. En uno estaban los pertenecientes al periodo entre 1377 y 1742 y en el otro al periodo entre 1743 y 1901. No había escritos posteriores. Estaban escritos sobre papel y no sobre pergamino. Les echó un vistazo y comprobó que la letra era mucho más clara y se podía leer sin mayores problemas.

Una vez abiertos los cofres, agrupó los documentos por siglos mirando la fecha del encabezamiento o al final del texto. Esta tarea fue la que le llevó menos tiempo y ese mismo día la concluyó. En total había 353 documentos. No tantos como cabría esperar de un periodo tan largo de años. De todas formas, la iglesia de Ultramort habría estado sometida a lo largo de los siglos a guerras, incendios y otras desgracias y, también, a la poca diligencia de muchos párrocos a la hora de mantener al día el archivo de la iglesia. Agruparlos por temas sería más complicado, sobre todo los más antiguos escritos en latín y en romance. “Así que será mejor dejarlo para mañana”.

—Hasta el momento no sé qué cree el padre Malestany que puedo encontrar entre un montón de papeles viejos. Son

muy interesantes, pero yo no soy historiador ni experto en paleografía –dijo Marc a Carme.

–Si te ha dicho que lo descubrirás cuando lo veas, así será.

Carme realmente sospechaba que la intención del cura era mantener a Marc ocupado en algo haciéndole pasar los días en Ultramort hasta que descubriera que ya no tenía sentido abandonar el pueblo porque no tendría a dónde ir. Pero no sabía con qué objetivo. La intención última del cura se le escapaba. Y lo cierto era que no tenía deseos de descubrirla. Ultramort era su pueblo. Allí había nacido y se había criado. Allí había conocido a su marido y le acompañó hasta el día antes de su muerte. Y allí quería morir y nadie le arrebatara su derecho a mantenerse en su casa y en sus tierras, que habían pertenecido a su padre y antes a su abuelo y así hasta donde se perdía en la memoria. Ni siquiera el padre Malestany, quien con su llegada había cambiado el pueblo y sus gentes, transformándolos en seres téticos que deambulaban en apariencia con el único fin de no estar quietos. No. Ella se quedaría en Ultramort. Sólo tenía que seguir la corriente a todos para que la dejaran en paz. Y en algún momento, todo volvería a ser como era antes.

Lamentaba que Marc no fuera diferente al resto. En un principio había pensado que al ser un hombre de mundo no se dejaría atrapar. Pero en el fondo era un hombre débil, con una especie de incapacidad para enfrentarse a la vida, lo que le hacía refugiarse en rincones olvidados del mundo. Ultramort no era más que otra Corea, un retiro en el que con la excusa de realizar algún trabajo científico se escondía de la realidad, de las personas que le exigían cosas, de los asuntos que le exigían responsabilidades. Le hubiera gustado estar toda la vida encerrado entre libros y de vez en cuando ir a donde sólo vivían desconocidos, tratarlos

únicamente como sujetos de estudio y volver a encerrarse. El padre Malestany le había lanzado un anzuelo y Marc se lo había tragado hasta el fondo.

Y lamentaba que Marc no fuera diferente porque le habría contado cómo murió su marido y qué había pasado en los dos últimos años desde la llegada del padre Malestany. Pero no se lo contaría. Por lo menos mientras siguiera jugando inocentemente a dejarse llevar por las órdenes del cura.

–¿Y tú qué crees que encontraré?

–No lo sé. Quizás partidas de nacimiento o de defunción. Cosas por el estilo –contestó Carme.

–Eso me parece a mí. Pero no sé qué interés podrá tener eso.

Marc se dirigió de nuevo hacia la sacristía. Empezaba a sentirse como si tuviera un nuevo trabajo, un trabajo en el que nadie le exigía nada ni le obligaba a hacer cosas que fueran contra su idea de lo que era la dignidad.

Se sentó ante el escritorio donde había dejado los documentos amontonados el día anterior. Les echó un vistazo por encima y cogió el primero correspondiente al siglo X. Era una partida de nacimiento sin ningún interés especial, por lo menos dentro de lo que Marc podía suponer. Sus conocimientos de latín eran limitados, por lo que la lectura se le hacía penosa a pesar del pequeño diccionario del que disponía y estaba seguro de que se le escapaban muchos detalles. Los siguientes textos tampoco le parecieron relevantes. Carme tenía razón, eran documentos en los que se recogía el nacimiento o la muerte de algún habitante de Ultramort. Otros eran actas notariales que registraban ventas o cesiones de tierras a la parroquia del pueblo.

Los documentos de los siglos XI y XII le parecieron de tan poco interés como los anteriores. De hecho

empezaba a clasificarlos sin leerlos con detenimiento. “Estoy defraudando a mi sentido científico, pero me parece una completa inutilidad, por mi pura incompetencia, esto que estoy haciendo”. Volvió a casa defraudado por no poder estar al nivel de lo que se suponía se esperaba de él.

–He leído todos los documentos de tres siglos, unos 50, y no he encontrado nada. La verdad es que tenías razón –le dijo Marc a Carme–, la mayoría son del registro de nacimientos y defunciones del pueblo.

–¿Y bautizos?

–¿Bautizos? –Marc hizo una pausa para intentar recordar–. Pues, ahora que lo dices, no recuerdo haber visto ningún texto que haga referencia a ellos.

–¿Y recuerdas que el padre Malestany te habló de un raro documento de no sé qué año?

Marc pensó un momento intentando traer a su mente lo que le había dicho el cura al poco de llegar al pueblo.

–Me habló del primer documento en el que aparece citado el nombre de Ultramort y creo que era del siglo X.

–Pues búscalo mañana. Quizá sacas algo en claro.

## 16

Esa mañana llegó temprano. Se sentó y revisó los pergaminos que había estudiado el día anterior, muy a la ligera como Carme le había demostrado. Entre ellos no había ningún acta bautismal.

El otro punto que debía aclarar era si realmente existía ese documento en el que se citaba por primera vez el nombre de pueblo. Releyó todos los textos buscando la palabra Ultramort y finalmente lo encontró. Era un pergamino lacrado, oscurecido por el tiempo y escrito en

latín, como correspondía a los documentos oficiales de la época.

*In serpentis nomine. Ego Garsias Didaci una cum uxore mea Maria Muniz facio cartam uenditionis uobis domno Micaeli Saelestaviusc priori in Ultramorte hereditate quam habeo uel habere debeo animam. Pro xx marabetinis ut hadeatis et possdeatis ean iure hereditario et precio apud nos nichil remansit.*

*Si quis igitur hanc cartam infringere temptauerit, omnipotentis iram incurrat et pectec centum morabetinos uocem pulsanti.*

*Facta carta sub era CM<sup>a</sup> D<sup>a</sup> I<sup>a</sup> et quodum idus aprilis.*

La primera vez que lo había leído sólo se fijó en la fecha al final del texto, 13 de abril de 951, y en las palabras *cartam uenditionis* que le informaban de que era un acta de venta. Leyéndolo con detenimiento supo que un tal García Díaz o Didac y su esposa María Muñiz habían vendido su *anima*, es decir, su alma, a cambio de dinero a Miquel Salestavio —un apellido que nunca había oído—, prior de Ultramort. Prior en este caso no se referiría a ningún superior de convento sino a un cura del obispado de Gerona.

Habían vendido su alma a un cura a cambio de dinero. Marc se apoyó en el respaldo de la silla con el pergamino en la mano.

—¿Qué tal va el trabajo? —le preguntó el padre Malestany a sus espaldas. Marc se sobresaltó.

—Bien, bien.

—Pareces inquieto.

—No. Es que acabo de encontrar aquel texto que me comentó en el que se establecía la venta de bienes no materiales, ¿recuerda?

—Sí, claro.

—Pues lo que se vendía era el alma. Un matrimonio

vendía el alma a cambio de dinero a un cura.

–Ya lo sabía.

–¿Sí?

–Claro. Ya te dije que existe una copia en el Archivo del Museo de Historia de Gerona disponible al público para su consulta.

–¿Y no le parece extraño?

–A los ojos de una persona de nuestra época quizás. Pero si de esta forma el cura se garantizaba la salvación de sus feligreses, no veo el mal. ¿Sabes que es una sagrera?

–Aparte de una parada de metro en Barcelona, no.

–Pues deberías porque es algo que entra dentro de tu campo de estudio.

Marc se encogió de hombros.

–Nadie es perfecto– dijo con una media sonrisa.

–En el siglo XI, en Cataluña– empezó a explicar el cura–, se empezó a recurrir a las sagreras cuando los nobles tenían la mala costumbre de robar a los campesinos. La sagrera era un perímetro de 30 pasos alrededor de las iglesias en el que los nobles no podían entrar sin el permiso del cura, y así tanto personas como bienes estaban protegidos. Los curas no hacían esto simplemente para protegerlos, sino a cambio de dinero. Algunos parece que pensaron que a cambio de dinero podían seguir protegiendo a los campesinos más allá de la muerte y garantizarles el paraíso.

Marc le escuchaba con atención pero sin estar convencido del todo.

–¿Crees que has encontrado un documento en el que un representante de la iglesia católica es en verdad el diablo y que andaba por ahí comprando almas? –preguntó el cura–. Piénsalo bien. En las sociedades modernas se tiene la tendencia a confundir el bien con el mal y viceversa.

Marc pensaba que el padre Malestany tenía razón.

Los conceptos bien y mal se veían de formas muy diferentes en distintas épocas y lugares. Eso lo sabía perfectamente.

–Entonces, sólo le parece un cura que se aprovechaba de la ignorancia de sus feligreses –dijo Marc.

–No he dicho eso. La persona que lo hacía estoy seguro de que lo hacía de buena fe –replicó el cura.

–De buena fe está el mundo lleno.

–Noto sarcasmo en tu voz.

–En toda mi vida he visto muchos actos de buena fe. Pero siempre, al final, detrás de ella se escondía el interés.

El cura le miró severamente, luego sonrió.

–Marc, Marc, Marc –repitió con cariño–. Las bibliotecas del mundo están llenas de documentos como éste y hasta ahora no ha habido nadie que creyera que tenían ningún valor transgresor ni cuestionador. Sólo hay que tener conocimientos históricos para saber tan sólo eso, que algunos curas eran sobreproteccionistas o, si quieres pensar mal, dados al dinero fácil. Y no tiene nada que ver con el diablo.

–Ahora se hace vía internet eso de comprar almas.

El padre Malestany volvió a mirarle severamente.

–Espero que no cuestiones también que Alfonso está mucho mejor ahora y aquí que tirado por las calles de alguna ciudad, robando para drogarse.

La cuestión no era si estaba mejor o no, sino para qué le había sacado de las calles, sólo para rehabilitarle de la adicción o para cambiársela por otra. Pero Marc calló.

Al llegar al mediodía a casa de Carme se preguntó qué interés se escondía detrás de su buena fe. Se había

despertado un día en casa de Carme sin saber cómo había llegado allí. Nunca le había pedido nada a cambio ni Marc nunca le preguntó cómo podía pagárselo. Ayudaba realizando las tareas que se supone debe hacer un hombre y que en una casa vieja como la de Carme no faltaban, como asegurar un enchufe que se salía de su caja, reparar una fuga de agua o engrasar bisagras. A veces también limpiaba. Al ser soltero estaba acostumbrado a realizar todas las tareas del hogar, pero Carme no siempre se lo permitía. “Ese es mi trabajo”, le decía.

Carme estaba en la cocina limpiando verduras en el fregadero. Marc se apoyó en la encimera y cruzó los brazos.

–Carme.

–¿Sí?

–¿Cuántos días hace que estoy en tu casa?

–No lo sé. No llevo la cuenta –contestó Carme sin girarse.

–¿No te parece que demasiados? ¿No tienes ganas de que me vaya ya?

–No. ¿Esa sensación tienes?

–No, no. La verdad es que me tratas muy bien. Tan bien que me siento como en mi propia casa y eso me parece peligroso para ti porque no querré marcharme nunca –le dijo sonriendo, aunque Carme no vio la sonrisa–. ¿Por qué lo haces?

–¿Tenerte en casa? Porque el padre Malestany me lo pidió, ya te lo dije.

–Y eso es todo.

Carme se giró. Podría haberle dicho muchas cosas, pero no sabía hasta qué punto Marc se había dejado controlar por el padre Malestany.

–Sí. Eso es todo –le dijo.